2 – Atravesando los Apeninos llegué al sur de Umbria visitando: Spoleto, Todi y Orvieto; Continué el viaje por el Lazio visitando: Civita di Bagnoregio; Bolsena; Montefiascone; Tuscania y Tarquinia.

SPOLETO

Amaneció con un día tan hermoso que resultaba imposible que el sol luciera más de lo que lo hacía. Era el momento de abandonar Las Marcas y continuar el viaje con el destino final de Roma.
La ruta me obligaba volver a atravesar la cadena montañosa de los Apeninos recorriendo estrechos valles flanqueados de picos altísimos y torrentes que corrían vertiginosos. Trepaba por desfiladeros, en los que a duras penas entraba la luz, por túneles y puentes altísimos entre barrancos escarpados henchidos de pinos y hayedos centenarios.
Dejado atrás los complicados pasos de los Apeninos el paisaje cedió paso a pequeñas colinas y los bosques se extendían densos y olorosos. Pequeños pueblos pintorescos, antiguos y solitarios, despuntaban aquí y allá. Continué por la ruta de Norcia, destruida por el terremoto, y por carreteras que sorteaban los obstáculos de las colinas Umbras. Llegué a Spoleto, ciudad de Umbría,… en un caos de tráfico, era la 13h, una de las cuatro horas punta en Italia.

A pie me adentre en la maraña de callejones empinados y estrechos, calles en las que no había ni un alma. El caos del tráfico había desaparecido, la tranquilidad y el silencio me envolvían. La característica austera de la ciudad no quitaba la gracia de sus calles pintorescas y tortuosas en las que se alternaban, casas nobles en sillería y palacios, junto a viviendas populares y monumentos medievales.
Paseando por las estrechas calles medievales de Spoleto apareció, sin previo aviso, la gran plaza y el Duomo. Una vista que me sobresaltó por su belleza y seducción además de por su importancia artística, su luminosidad, su carácter diáfano, su amplitud y sobre todo la tranquilidad que se respiraba.

Su ubicación, en la parte inferior de una amplia serie de escalones, creaba una posición única y un ambiente precioso con el sol que se reflejaba en la piedra rosa de la fachada de la iglesia y con el paisaje de las colinas.

La Catedral de Santa María Asunta ("Cattedrale di Santa Maria Assunta"), también conocida como el Duomo de Spoleto, es una bella edificación sobria, pero a su vez majestuosa, dotada de un equilibrio de formas simples y elegantes. Ésta se empezó a construir sobre las ruinas de una iglesia del siglo IX en la segunda mitad del siglo XI y fue reestructurada y ampliada en los siglos XVI y XVII.

La fachada está precedida por un pórtico renacentista del s.XV y su decoración exterior es muy limpia con unos arcos ojivales ciegos, unas rosetas de encaje y un mosaico bizantino central. Este mosaico, de origen bizantino, representa la figura de Cristo entre la Virgen y San Juan Evangelista mientras que el bonito rosetón, que se encuentra debajo, tiene los símbolos de los cuatro evangelistas y está sostenido por una serie de columnillas y dos atlantes. El campanile data del siglo XI, salvo la parte superior que alberga las campanas, que es de comienzos del siglo XVI. Su interior no pude visitarlo ya que estaba cerrada.

Continué el recorrido paseando a lo largo de callejuelas estrechas que parecían ocultarse en lo más profundo de la ciudad medieval y se entrecruzaban en bocacalles, aún más estrechas, con numerosos arbotantes y pasadizos que parecían sujetar unas casas a otras. Como si la falta de uno de ellos pudiera hacer caer toda la ciudad, como en un efecto dómino.

Spoleto agrupa elementos arquitectónicos de varias épocas. Restos de antiguas murallas romanas y medievales aparecían integradas en las viviendas.
La Porta Fuga recordaba con su nombre como el cartaginés Aníbal, después de derrotar al ejército romano en el Lago Trasimeno, fracasó en su intento de conquistar la ciudad. Obligaron a Aníbal a darse a la “fuga”.

Tras cruzar el arco que marcaba la entrada de las antiguas murallas de la ciudad me sentía retroceder en el tiempo según me aproximaba al centro histórico de la ciudad.
Poco después llegué al centro del pueblo, en la plaza del mercado, donde algunos de los propietarios de los puestos ya estaban retirando sus mercancías. La Piazza dei Mercato era la más característica de la ciudad, caótica y desordenada y la que mejor reflejaba la vida popular con tiendas tradicionales, bares y cafeterías.

A un lado despuntaba el Arco de Druso embutido entre las casas y los restos de un templo del s.I. Este arco se levantó tras la muerte de ambos Drusos (hijo y nieto del emperador Augusto) en el año 23 d.c. y según la leyenda… trae suerte el pasar por debajo.

Ya, después de mucho caminar, y tras cumplir la tradición de atravesar el Arco de Druso llegué a la Piazza della Liberta situada en el punto más alto de la ciudad. Esta plaza poseía un encanto fruto del pasado marcado por sus monumentos, edificios y los restos del antiguo teatro romano.

Con la tarde el sol proyectaba resplandores poderosos que esparcían el calor por todo el lugar e imbuido de ilusión había salido a visitar la ciudad sin comer y estaba agotado. Sentado en un banco admiré los edificios armoniosamente agrupados a mí alrededor y las suaves colinas que rodeaban esta hermosa ciudad del renacimiento.

En lo alto se apreciaba la imagen de la ciudad recostada en la colina y se respiraba la naturaleza y el paisaje definido por las colinas, barrancos y frondosos bosques. Una brisa suave refrescó mi piel bañada por el sudor del esfuerzo en la subida.

Aquí arriba apareció una de las muchas sorpresas que encierra Spoleto, el Ponte delle Torri, encajonado en un valle era una obra de ingeniería impresionante. Fue edificada durante el siglo XIII posiblemente sobre un acueducto romano. Consta de diez arcos ojivales góticos de gran altura (de 80 metros de alto y 230 metros de largo) y une el monte San Elías, donde se encuentra la ciudad y las laderas del Monteluco. Su nombre le viene de dos torres de avistamiento que lo flanquean.

En este lugar el paisaje ofrecía unas maravillosas vistas del valle en un entorno natural exuberante de colores y aromas a bosque, de almizcle y flores. El paseo continuaba por una vía verde, el Giro dei Condotti, entre robles y panorámicas preciosas de las colinas de Umbría con lo que el lugar conseguía una más bella ambientación.

Por encima despuntaba la imponente fortaleza de la Rocca construida en la segunda mitad del siglo XIV a instancias del Cardenal español Egidio Álvarez de Albornoz, soldado de la iglesia, quien recondujo a Spoleto al poder de los Estados Pontificios. En este lugar se alojaron muchos papas, incluyendo a Bonifacio IX en 1392 y Nicolás V en 1449 durante la peste en Roma. Entre los años 1817 y 1983 este castillo fue utilizado como una cárcel de alta seguridad y entre sus reclusos estuvo el frustrado asesino del papa Juan Pablo II. Finalmente, tras una gran restauración se decidió colocar una sede del Museo del Ducado de Spoleto.

TODI

Al llegar a Todi estacioné al lado de la iglesia Santa Maria della Consolazione. El lugar, aislado en el seno de la naturaleza, era un paraíso de frescor arropado por la sombra de esbeltos árboles y el suelo un tapiz de césped rodeado de fragancias de las flores. Enfrente de la iglesia se abría una espléndida terraza natural desde donde se admiraba el paisaje de las colinas de los alrededores.

Este edificio es una de las obras maestras renacentistas del s.XVI y considerada geométricamente perfecta. El diseño, atribuido a Bramante, es de planta central en forma de cruz griega y delimitada por cuatro ábsides.

Desde esté parquin salía un camino en cuesta y pavimentado de piedras pulidas, por miles de pasos, que subía al promontorio rocoso donde se erguía la ciudad de Todi.

Esta típica ciudad medieval aparecía ubicada en lo alto de una colina inmersa en el espectáculo natural de campos fértiles y prados extensos y placidos que componen el valle del río Tiber. Al que se asomaban delicadas colinas en cuyas laderas se alzaban un sinfín de pueblecitos y aldeas.

Un dédalo de callejas, que se entrecruzaban, me llevaron a la Piazza del Popolo y la imagen me hizo creer que había retrocedido en el tiempo, que había hecho un viaje al pasado.
Me había quedado fascinado en aquella atmosfera cargada de irrealidad, conquistado por la magnificencia y la perfección de este gran espacio abierto flanqueado por palacios medievales e iglesias. Era un lugar armonioso, elegante y acogedor. Una de las plazas italianas más estéticamente agradables que he visto.

Aparecía ceñida por el Duomo s.XII, el Palazzo dei Priori, y los palacios del Capitano y del Popolo, todos ellos del s.XIII. Era un lugar para detenerse, descansar y revivir lo que debió ser la vida cotidiana de Todi hace cientos de años.

La catedral, precedida de una gran escalera que dominaba la plaza, con una armoniosa fachada simple en mármol blanco y rosa presentaba un rosetón magnifico y un pórtico profusamente decorado.
Desde este lugar, sentado en la escalinata, gozaba de una fascinante vista de la Piazza del Popolo y la arquitectura de los edificios. Esta plaza fue originalmente un foro romano y la catedral ocupaba el lugar de un antiguo templo romano dedicado a Apolo.

Desde la Piazza partían muchas y pequeñas callejuelas empedradas colmadas de rincones dormidos y con pendientes imposibles que parecían haber escapado del tiempo. Rodeadas de murallas medievales, romanas o etruscas aparecían pequeños jardines salvajes donde encontré algunas higueras de ricos frutos que me dieron fuerzas para continuar la marcha.

Me pareció el lugar mágico y aún virgen donde las huellas del turismo no parecían perceptibles, poseía un encanto difícil de explicar y apreciaba una paz inmensa.

Fue fundada por los etruscos. El Emperador Octavio Augusto donaría la ciudad de Túter a sus fieles veteranos de guerra en muestra de agradecimiento. Así fue como Túter empezó a perder su identidad etrusca.
Los romanos construyeron el Anfiteatro, el Teatro, el Foro y el Mercado, con sus descomunales depósitos de agua, además de espléndidos templos dedicados a Júpiter, Minerva y Marte.

A partir del advenimiento del Imperio Carolingio Todi cae en un régimen de gobierno feudal, lo que da paso a la construcción de castillos imponentes y poderosos baluartes.

Desde el siglo XII la ciudadela de Todi, que ya había adquirido la categoría de municipio, se ve inmersa entre las luchas por el afán de expansión territorial y las consiguientes disputas por el poder protagonizadas por las ciudades de Spoleto y de Orvieto, guibelina la una y güelfa la otra (con el imperio Germánico o el papado), lo que obligará a ampliar y a reforzar, una vez más, la defensa de la ciudadela y en el siglo XIV se convirtió en comuna autónoma pasando a integrar los llamados Estados de la Iglesia.

Paseando por lo que parecían parte de sus murallas llegué a un parque, llamado la Rocca, desde donde contemplaba unas preciosas y vibrantes vistas de los alrededores de fértiles campiñas, extensos prados y un horizonte de bosques y colinas.
Contiguo al parque aparecía el Templo di San Fortunato, imponente iglesia gótica y de sencilla e inacabada fachada dedicado al patrón de la ciudad. Su interior era muy vivo con pinturas y frescos multicolores.

El sol se ocultó detrás de las colinas circundantes, el horizonte brilló naranja y purpura antes de que los matices desaparecieran. Avanzaba por callejuelas desiertas entre viviendas silenciosas bajo el resplandor fatigado de las farolas. Había sido un día agotador y me senté nuevamente en las escalinatas del Duomo observando la plaza, que bajo la luz del crepúsculo, iba adquiriendo un tono dorado.
La contaminación lumínica era tan pobre que el cielo parecía una resplandeciente cúpula tachonada de estrellas tan brillantes y numerosas que parecía que la noche era de plata y no negra.
Y el amanecer trajo consigo un día luminoso y claro. Recuerdo el aire del parque con el roció del alba y el olor de la mañana recién nacida.

ORVIETO

Siguiendo el hermoso curso serpenteante del valle y por una carretera con muchas curvas entre pequeñas colinas orladas de viñedos, olivos y huertas frutales, apareció delante, la ciudad de Orvieto recortándose contra un cielo sin nubes, azul, profundo y luminoso.

Orvieto se ubicaba, erguida magníficamente, sobre una meseta a 300 m de altura y dominaba, desde lo alto de los escarpados acantilados de toba volcánica rojiza, una amplia llanura salpicada de viñedos.

En la carretera, que subía a lo alto de la ciudad, encontré un pequeño estacionamiento. El resto de la subida lo realicé a pie por unas escalinatas que me condujeron a un portón de entrada a través de sus murallas.

Acostumbrado a la tranquilidad de los últimos pueblos visitados Orvieto me pareció muy turística. Reinaba una gran actividad en las calles y muchos visitantes alegres, seducidos o excitados iban y venían de visitar la ciudad.

Las tiendas o las terrazas de los restaurantes estaban invadidas por los turistas y en el aire flotaba un bullicio de conversaciones.

Recorría sus angostas callejuelas bordadas de casas construidas en piedra o ladrillos de arcilla volcánica con sus tejas ajadas. Olores característicos a quesos, vinos o aceites impregnaban sus calles y las cerámicas imperaban en sus tiendas. Y a mí alrededor la ciudad se acurrucaba bajo una gruesa manta luminosa.

En la Piazza della Republica, en tiempos el foro romano se alzaba en este lugar, era el corazón de la ciudad histórica y en la Piazza del Popolo aparecía, sobre unos soportales que soportan una fina hilera de balcones, el Palazzo Comunale de Orvieto. Este bello palacio cuyos orígenes se remontan al s.XII es la sede del ayuntamiento.

Pasando por el escueto Palazzo del Capitano del Popolo llegué a la calle más turística de la ciudad, el Corso Cavour. Una bonita calle peatonal que hacía las delicias de los turistas amantes de las compras con tiendas de especialidades y productos típicos, además concurridos bares y restaurantes ya que era la hora de comer.

En esta calle despuntaba la llamada Torre del Moro del s.XIII de 47 metros de altura, una atalaya que permitía la visión de todo el entorno. Al final del s.XIX fueron añadidos el reloj y la campana que había pertenecido al Palazzo del Capitano del Popolo.

Siguiendo la calle, entre palacios y casas antiguas restauradas, atravesaba hermosas plazas, parques y jardines para solaz de los habitantes o visitantes y llegué a una callecita estrecha en la que al final se veía la fachada del Duomo.

Desemboqué en la Piazza del Duomo, sobria y discreta pero circundada por interesantes edificios históricos como el Palacio de los Papas, el Soliano, el Faina, el Palacio de la Catedral… pero todo esto era engullido por la impresionante arquitectura del Duomo.

Desde donde estaba me sentía sumergido en el océano de su riqueza arquitectónica contemplando la imponente obra de este edificio con sus grandes mosaicos y los mármoles blancos y negros resplandeciendo al sol. Sorprendía encontrar un tamaño tal, comparándolo con los bajos edificios de esta pequeña ciudad medieval.

El exterior era hermoso, una manufactura exquisita de estilo gótico del s.XIV y una espectacular fachada de riquísima decoración con columnas, esculturas, bonitas figuras en bajorrelieve, el colorido con el fondo de oro y con un gran rosetón central. El gran portalón central también era muy llamativo.
El interior de la iglesia era también muy ricamente decorado presentando una increíble variedad de colores en las pinturas de las capillas y la luz penetrando por las vidrieras.
Esta magnífica obra recordaba el poder que tuvo la ciudad de Orvieto. Los siglos XIII y XIV fueron de máximo esplendor siendo una de las ciudades más importantes de Italia, potencia militar indiscutible y con más habitantes que Roma. Aquí se coronaron reyes como Luis IX de Francia, Papas como Martín IV y desde esta ciudad se proclamó la tercera cruzada. Orvieto observa el mundo desde lo alto de esta colina y es la prueba viviente de la fuerza del Renacimiento en Italia.

La ciudad libre de Orvieto fue instituida en 1137, pero pronto participó de los enfrentamientos entre los güelfos y gibelinos (partidarios del imperio o el Papado) y, al ganar la facción güelfa, la ciudad se convirtió en un bastión del Papado.

La ciudad se expandió y se enriqueció con obras como la catedral y siguió vinculada a los Estados Pontificios hasta 1860 cuando, con la unificación italiana tras la campaña exitosa de Garibaldi, fue anexada al Reino de Italia.

Era las 14h y era tarde. Orvieto ofrecía mucho más… paseos a lo largo de sus murallas, asomarse a los acantilados y observar el panorama de los valles orlados de viñedos, numerosas iglesias, placitas y callejuelas en rincones tranquilos, las galerías y cavernas artificiales que horadan el subsuelo de Orvieto… y todavía me hallaba en el inicio de un viaje con una ruta planificada muy ambiciosa.
Abandone la ciudad con sensación de pérdida… de haberla visitado demasiado rápido. Pero el calendario, del todavía incipiente recorrido, me obligaba a continuar viaje a mi próximo destino y pensar en la pernocta de ese día. Terminé la ruta del sur de Umbría y entré en el Lacio.

CIVITA DI BAGNOREGIO

Situándome en el belvedere y encaramando las impresionantes vistas, que desde allí se divisaban, de un valle baldío o el reino del olvido. Rodeado de altos farallones perdidos en un mundo de soledad y un silencio que resultaba sobrecogedor en este cuadro de desolación.

Como un espejismo en mitad del desierto el pueblo se elevaba sobre un inmenso peñasco de paredes rojas, parecía envuelto en el vacío, sostenido por una fuerza desconocida. Los muros que se vislumbraban parecían apoyarse en la nada como si estuvieran suspendidos en el aire.
Daba la impresión de que las piedras se agarraban desesperadamente unas a otras y parecía como un milagro de equilibrio sobre la roca. Había que caminar por un larguísimo, exiguo y empinado puente suspendido que permitía una visión, casi mística, desde la distancia.

Mientras recorría sus 300 metros disfrutaba de este paisaje singular y abierto al ondulante valle Dei Calanchi. Un mar de arcilla blanca labrada por la lluvia y el viento. Un lugar irreal y un horizonte en continuo movimiento que acorrala a la ciudad y condena a Civita di Bagnoregio a la desaparición.

Aproximándome experimentaba en ese momento un curioso sentimiento de irrealidad al observar cómo, de aquel espacio muerto, emergía una desolada isla puntiaguda de toba roja con el sugestivo burgo en una atmosfera hipnótica, surrealista e inolvidable.
Conservaba una buena parte de la muralla medieval y una puerta de arco apuntado con recias y desafiantes matacanes y nunca hubiera imaginado que pudiera haber tantas casas apretadas tras las murallas exteriores.
Al entrar en la ciudad me sentía penetrar en un lugar de ficción, de película. Recorría sus callejones entre las modestas casitas del centro del pueblo y atrapado en el opresivo silencio de aquella ciudad condenada que respiraba misterio.

Los ladrillos ocres refulgían, bajo la poderosa luz del sol, creando un ambiente bucólico y evocador y las pintorescas fachadas de sillería de tostada piedra le conferían un sabor particular. Había una calle principal, con pequeñas bocacalles, que podía recorrer y que mostraba, al igual que toda la villa, encantadores rincones y cautivadoras perspectivas.

Tenía la sensación de estar realizando un viaje en el tiempo donde, en un silencio casi irreal, disfrutaba de graciosos rincones enriquecidos con huellas de vidas pasadas. Un ambiente que hacía imbuirme en la época medieval y las antiguas condiciones de vida. La poca gente que vive aquí se esfuerza por mantener la arquitectura original. Las fachadas, patios y escaleras eran preciosos, con flores de colores en las ventanas y una decoración adecuada convirtiendo a Bagnoregio en un sitio único, encantador, belleza del conjunto y una estética profunda.

Sus antiguos palacios medievales, sus casas de molinos de aceites renacentistas y típicas casas con balconcitos y escaleritas exteriores características de su arquitectura. Las casas bajas humildes que miran hacia los enormes barrancos circunstantes que, con sus crestas y pináculos, parecen una corona para este pequeño pueblo agarrado a la vida de su frágil colina de arcilla.

Todas y cada una de las épicas callecitas eran una aventura que me podía llevar a lugares misteriosos en las murallas o hasta la línea perpendicular sobre el abismo por donde las pendientes se despeñaban en un descarnado precipicio.

Desde el acantilado del pequeño burgo admiraba el hermoso espectáculo de los "Ponticelli", enormes muros de arcilla, y el grandioso panorama del valle dei Calanchi. Al fondo se veían las últimas casas del pueblo de Lubriano que se asomaban al acantilado. Era un lugar insólito y estaba asombrado por la belleza del paisaje que me rodeaba.

Un movimiento sísmico colapsó, además de algunas casas, la lengua de tierra que unía esta "isla" a la tierra firme. Gran parte de la población se vio obligada a evacuar por el aislamiento de la ciudad. Con la construcción de la actual pasarela peatonal Civita Bagnoregio volvió a la vida y algunos residentes pudieron regresar a sus antiguas casas. Ahora en el pueblo hay restaurantes, tiendas y casas de hospedaje. El lugar, que estaba agonizando resurgió como importante centro turístico. Hoy forma parte de "los pueblos más bonitos de Italia" y en el 2006 se incluyó en la lista mundial del fondo de monumentos de los 100 lugares más amenazados del planeta.

Bagnoregio fue fundada por los etruscos hace 2.500 años sobre una de las rutas más antiguas de Italia, la que unía el río Tíber y el Lago de Bolsena. Rodeada y protegida por el Valle de los Calanchi este pequeño altiplano se encontraba en una posición absolutamente estratégica. Además, la presencia de la cercana desembocadura del río Tíber constituía una importante vía comercial y de comunicación.

Los mismos etruscos ya sabían de la inestabilidad sísmica de esta área y construyeron algunas obras con el objetivo de protegerla, desviando ríos y construyendo canales de desagüe para el correcto flujo del agua de la lluvia. Los romanos, a su vez, retomaron las obras pero después de ellos éstas se abandonaron y el territorio sufrió una rápida decadencia que llevó, al final, al abandono.

Para empeorar la situación la colina de toba sobre la que se alza Civita está afectada en la base por una continua erosión provocada tanto por la acción de los dos torrentes como por la de la lluvia y el viento. Estudios geológicos han demostrado que en los últimos 100 años la altura de Civitá di Bagnoregio ha disminuido en aproximadamente 25 centímetros, y la erosión que sufren las paredes hacen que se disminuyan los bordes aproximadamente en 7 centímetros al año. Es decir, poco a poco, los palacios y edificaciones del pequeño pueblo se irán desmoronando hasta desaparecer.

Lenta e inexorablemente Civita se está disgregando y no es casualidad que el escritor Buenaventura Tecchi la definiera como "la ciudad que muere". La ciudad sobrevivió a todos los ataques menos al tiempo.

BOLSENA

Era la tarde de un maravilloso día y un viaje muy agradable subiendo, bajando y serpenteando colinas rodeado de una naturaleza virgen de frondosos bosques que saturaban el paisaje. Desde lo largo del camino hasta el horizonte aparecían campos de cultivos, viñas y olivos.

Cuando llegué a lo alto de la ciudad y miré hacia abajo me quedé fascinado por un panorama que dejaba sin aliento. El lago había tejido un espejo de azul y plata en el que se contemplaba su sinuoso contorno perfilado de arboledas y elevaciones.

Estacioné en la parte baja de la ciudad y avancé hasta el borde del lago observando la superficie cristalina del agua que me saludaba. Observaba como el agua palpitaba plácidamente bajo los reflejos del sol y enseguida me impregné de la atmosfera de silencio, tranquilidad y relax de un paraíso donde solo había lugar para el ensueño.

En la orilla del lago había jardines, hermosos campos de hierba y cientos de árboles. Playas de arena negra volcánica, un puerto con barcos de recreo o pesca y el horizonte se dilataba en una superficie suave de colinas que formaban el borde del antiguo cono volcánico y conferían un paisaje pintoresco y sugerente con sus lomas cubiertas de exuberante vegetación verde que parecían contrastar con el azul de las aguas. El conjunto ofrecía una atmosfera inspiradora y purificadora del cuerpo y la mente.

Este lago es uno de los mayores de Europa en origen volcánico con sus 13 km de largo y 11 de ancho y una profundidad de 150 metros. Se formó en el cráter de un volcán hace aproximadamente 370 mil años. Tiene una bella forma natural y con dos islas de origen volcánico, Martana y Bisentina situadas cerca de la costa.

Localizado en un entorno incontaminado con su agua dulce, limpia y clara donde los lugareños lo refieren como “el agua que se bebe” ha favorecido la proliferación de una rica fauna piscícola que ha suministrado sustento a mesas de emperadores y papas. Y junto a la turística, es la pesca la actividad económica preeminente de los pequeños pueblos que apuntalan sus costas.

Después de deleitarme con estos primores que el lago me había deparado me encaré al promontorio y podía observar como recortaba el aire las torres de la impresionante fortaleza encaramada en la parte alta de la ciudad. La parte baja de la ciudad, aquella que daba al lago, estaba ocupada por paseos y avenidas con árboles, bares y restaurantes. Me sorprendió la tranquilidad y soledad que emanaba de un lugar destinado para la actividad turística.

Me dejaba llevar por las calles típicas del pueblo bajo, llenas de silencio y de historia, rodeado de fachadas de puro estilo mediterráneo pintadas con diferentes tonos pastel. En sus bajos se habría pequeñas tiendas agradables y de productos típicos del lugar, pescados, vinos, aceites de oliva, quesos… acompañados de las terrazas de bares de tradicional sabor italiano.

El silencio y el persistente aroma a aceitunas, Bolsena es productor de aceituna, acompañaban el recorrido por la ciudad de piedra.

En la ciudad antigua, muy en pendiente con escalones de añejo regusto, se apiñaban las casitas de color oscuro. Sus calles presentaban severos desniveles, había curvas, callejuelas y rincones que parecían un laberinto apretado y enriquecido por sus características casas de piedra primorosamente conservadas y adornadas con blasones, portadas y torreones que conferían a la ciudad un carácter peculiar.

Este serpenteo de calles terminaban en el castillo Monaldeschi della Rocca Cervera, que data del Siglo XII. Y que permitía contemplar un espléndido paisaje donde la desmesura se manifestaba con arrogancia.

Una zona de gran belleza paisajística sobre los tejados de la ciudad. El sol convertía las aguas del lago en una deslumbrante alfombra azul plateada y las colinas de los alrededores florecían con exuberantes cultivos agrícolas y de vides u olivos y cubiertas de bosques. Era el momento ideal del atardecer cuando el sol alumbraba las paredes y transformaba las piedras en oro pulido.

Ciudad etrusca fue conquistada por los romanos en 264 aC viviendo un largo periodo de esplendor debido al paso de la Via Cassia, la importante vía de comunicación con Roma y Toscana.
La Vía Cassia, sin embargo, también favoreció el paso de los invasores convirtiéndose en el dominio de los lombardos. Se convirtió en patrimonio de la iglesia por donación de Carlomagno en 774.
La Edad Media está marcada por la gran masa del castillo de Monaldeschi de los siglos XII y XIV para la defensa del territorio y su estratégica comunicación. Los Monaldeschi fueron expulsados por los Bolsenesi y la ciudad paso a manos de los De Medici. Bajo la guía de Giovanni de Medici, hijo de Lorenzo el Magnífico, la ciudad comenzó a vivir nuevamente, se construyeron edificios nobles y se mejoró la estructura urbana. Heredado por la hija de un papa Medici paso definitivamente a manos de la iglesia.

Me aproxime nuevamente al lago a disfrutar del momento más romántico del día. El sol de la tarde reverberaba en todo su esplendor para crear sobre la superficie del lago una pátina que parecía incandescente. Marché de la población ciñendo el lago y al borde de la carretera había numerosos estacionamientos desiertos al lado de playas desiertas y terrazas cerradas. Al tiempo que ascendía el paisaje cambiaba y conducía rodeado de majestuosos olivos a un lado y vigorosas vides cargadas de racimos al otro y me sentía protagonista de la naturaleza que me rodeaba. Me acercaba a Montefiascone.

MONTEFIASCONE

La noche la pasé en un área de autocaravanas instalada en el interior de una bodega, próxima a la ciudad, con todos los servicios gratuitos y saturada de efluvios a vino.
Cada amanecer era más hermoso que el del día anterior y avanzaba por las calles camino de la ciudad medieval aprovechando el frescor de la mañana para combatir la pesadez acumulada en mis muslos. El recorrido por la villa desvelaba rastros del medioevo y del renacimiento en cada casa y cada callecita impecablemente cuidadas.
La Porta Aldrovandi, antigua puerta de la muralla, conducía al casco histórico y al ayuntamiento. Una torre con un reloj asomaba a su lado. Entré en un pequeño laberinto de cortas y estrechas calles y plazuelas íntimas comunicadas por rampas y escalinatas gastadas, estrechas y sombrías que me llevaron al bello jardín de la Rocca. Antiguo bastión de los papas.

Al llegar al punto más elevado, de repente, se abrió ante mí este hermoso jardín y la vista era sorprendente. Para poder abarcar todo el paisaje me desplazaba por el parque, poblado de árboles de gran tamaño y de frondosos parterres. La vista era fascinante, se distinguían viñas y olivares que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

En primer plano destacaba la magnífica la cúpula de la catedral de Santa Margherita, solo superada en tamaño por la de San Pedro en Roma. Los tejados del pueblo y los terrenos en la ladera cubiertos de viñedos. Y la mejor panorámica del lago Bolsena donde el sol lanzaba brillos de oro azul. Desde esté parque se distinguía el contorno del lago y sus islas.

El pueblo tiene orígenes medievales. Su nombre deriva del latín " Mons faliscorum ". En el siglo VIII el pueblo comenzó a ser influenciado por la Iglesia y su posición estratégica la convirtió en objeto de enfrentamientos por el control del territorio.

La Iglesia fortificó repetidamente la ciudad reafirmando el principio de protección bajo los auspicios de la Santa Sede, especialmente con Inocencio III en 1207. En 1353 la sede de la Iglesia en las provincias de Lacio surgió en Montefiascone coincidiendo con la llegada del cardenal Albornoz (el cardenal soldado que conocimos en Spoleto y Orvieto).

Las fortificaciones involucraron principalmente al Castillo Rocca custodiado día y noche por el ejército papal. Fue el comienzo de un período muy largo en el que los papas, los gobernantes y artistas se alternaban en la fortaleza de la Rocca dei Papi.

La importancia de esta villa materializó la edificación de grandes obras religiosas, iglesias, basílica y catedral se reparten el escaso espacio de esta pequeña población.

Montefiascone debe su fama, además de su historia y posición envidiable, a la producción y comercialización del excelente y famoso vino Est! Est ! Est ! y el aceite de oliva virgen extra. Se dice que su nombre surgió en el s.XII cuando un cardenal alemán viajo a Roma para ver al Papa. Este cardenal era un gran amante del vino y en sus viajes enviaba a su siervo por delante para investigar lugares por el camino para comer y beber antes de su llegada. Su tarea era escribir 'Est! en las puertas de los lugares que le gustaban, lo que quería decir que este era un buen lugar para beber vino. Durante su estancia en una posada en Montefiascone el siervo probó el vino y quedó tan impresionado que escribió 'Est! Est! Est! en la puerta para describir su satisfacción.

El cardenal alemán agradeció tanto la calidad del vino que se estableció en Montefiascone hasta su muerte, dejando la indicación que cada año, sobre su tumba, debía ser vertido un barril de su preciado vino.

TUSCANIA

El horizonte se abría hacia el oeste para mostrarme la llanura de la Tuscia. Los suaves valles sucedían a los campos, entre colinas y montañas, en un conjunto medioambiental encantador. Las extensiones de prados que flanqueaban la carretera estaban repletas de viñas, olivos y huertos.
Llegué a Tuscania donde numerosos párquines gratuitos rodeaban la ciudad y estacioné en uno que llevaba como coordenadas de área de pernocta. Desde el parquin podía admirar un buen lienzo del baluarte que rodeaba la ciudad y me adentré en el casco antiguo del pueblo por una soberbia puerta de la muralla.

El lugar estaba desierto y reinaba una tranquilad paradisiaca para una ciudad tan grande. Creaba un cierto aire de recogimiento y el ambiente era tan agradable que invitaba a pasear para disfrutar por sus calles pintorescas, abiertos a la sugerencia de cualquier desvió, que permitiera captar rincones inolvidables bordeados de fachadas antiguas que conservaban los recuerdos de su pasado en los paños de sus casas.

Cada calle ofrecía su magia, su duende, su encanto. Siempre bajo la caricia del sol cuyos rayos resplandecían en las fachadas multicolores irradiando colores vivos y luminosos a patios adornados con plantas, fuentes, arcos, torres, callejones, iglesias románicas… todo en tonos de color pastel.

Sería que había llegado la hora de la comida… o de la siesta, pero la tranquilidad del lugar y sus calles desiertas llenas de paz y sosiego resultaban extraordinariamente bucólicas y evocadoras. Toda la ciudad rezumaba un especial sabor, así como peculiares olores de la cocina casera que surgían desde las ventanas de las viviendas. Tuscania destruida en un devastador terremoto en 1971, había vuelto a brillar.
La ciudad estaba situada sobre una colina de toba volcánica desde la cual dominaba todos los territorios circundantes y disfrutando de hermosos paisajes y vistas muy sugestivas de los baluartes.

El paseo me condujo a un lugar extraordinario, el Parco di Lavello. Un hermoso y evocador rincón en el camino de ronda de la muralla y una de las zonas más bellas y fantásticas que poseía amplios jardines sobre la muralla desde los que proporcionaban puntos de vista variados y llenos de encanto.

Las leyendas romanas cuentan que los supervivientes de Troya, dirigidos por Eneas, desembarcaron en el Lacio que estaba dominado por los etruscos. Eneas se casó con una hija del rey de los latinos empezando así una dinastía, que en el tiempo, se convirtió en el poderoso pueblo de Roma. Las grandes familias romanas presumían de ser sucesores de estos troyanos. Y Tuscania fue fundada por Ascanio, hijo de Eneas.
Tuscania, en la época de Roma, tuvo mucha importancia por encontrarse en la Vía Clodia, una calzada que unía la vía Aurelia que recorría la costa, con la Vía Cassia. Por la que he estado viajando desde Orvieto.
Después de la caída del imperio Romano, Tuscania fue parte del reino Lombardo y posteriormente se integró en el reino de Carlomagno.
A comienzos de la Edad Media, integrada en la influencia de la iglesia, aparece como una diócesis floreciente con un obispo ejerciendo en su jurisdicción. El siglo XIII Tuscania vivió el caos de las guerras civiles entre las familias gibelinas y las güelfas (apoyo al Papa o al imperio). En mayo de 1300 Tuscania pasó de la sumisión a la Iglesia a la del Imperio, hasta 1354 cuando el cardenal Egidio Albornoz la restituyó a la Iglesia (otra vez el cardenal soldado). Desde el siglo XV, Tuscania se convirtió en un modesto centro del Estado Pontificio.

El emplazamiento del Parco di Lavello, rodeado de viejos matacanes, tenía un césped cuidado con árboles que daban sombra y una simple pero hermosa fuente circular. Estaba fascinado por la belleza del lugar en un entorno relajante y con unas vistas que invitaban a la ensoñación.

Acompañado del murmullo de la fuentecilla podía contemplar una espléndida y diáfana panorámica del valle con una sensación, casi cinematográfica, de los diferentes planos cambiantes del profundo paisaje de murallas y antiguas edificaciones en medio de verdes y amplias praderas.

Y despuntando en el horizonte, sobre una colina, aparecía la basílica de San Pedro y las ruinas del castillo de Rivellino.

Próximo a este lugar se encontraba la llamada “fuente de los siete tubos”. Se hallaba en la plaza del mercado (lo que era el antiguo núcleo de la ciudad). Es la más antigua de Tuscania y estaba en funcionamiento en la época etrusca y romana. A finales de la Edad Media (1309) se restauró la fuente dándole su forma actual con 7 surtidores y adornada con varios escudos de armas y el emblema del senado de Roma (SPQR).

El recorrido me llevaba a la basílica de San Pedro y al castillo de Rivellino. Los días acumulados de viaje parecían aturdirme y quedándome sin batería en la cámara me di cuenta de que el recambio me lo había dejado en el vehículo. No puedo presentar imágenes de este idílico lugar.

La basílica de San Pedro se hallaba sobre una colina a las afueras de Tuscania en un lugar rural y aislado lo que le confería un mayor encanto. Dominaba la portada su magnífico rosetón (destrozado por el terremoto en miles de fragmentos y reconstruido pieza a pieza) y una plaza de césped dominada por dos torres. El interior no lo pude visitar porque estaba cerrado… la hora de la siesta. Esta basílica que data del s.VIII y que marca el punto de transición desde las formas paleocristianas hasta las románicas. La vista desde este lugar era esplendida, construida en dos colinas y rodeada de sus murallas y praderas, la ciudad dominaba un paisaje bañado de una luminosidad dorada.

Por el mismo camino aparecía la basílica de Santa María la Mayor, una antigua iglesia, construida en el siglo VIII y restaurada a lo largo de los siglos. También afectada por el terremoto y en proceso de reconstrucción e igualmente se encontraba cerrada.

TARQUINIA

En el poco tiempo que me llevó desplazarme desde Tuscania, el tiempo cambió. El sol desapareció y densas capas de nubes dotaban al paisaje de un color mortecino y el cielo gris hacia palidecer los colores, borraban los contrastes y alisaban los relieves.

Estacioné cerca la Piazza Giacomo Matteotti, en este lugar se hallaba el Palazzo Comunale y la monumental fuente del siglo XVIII. Construido el Palazzo en el s.XIII en el corazón del centro histórico medieval su torre ya formaba parte del trazado de las antiguas murallas.
Ingresé en el casco histórico a través de la Torre Matilde di canossa y la puerta del castillo flanqueada por una torre. El lugar aparecía en toda su belleza, íntima, tranquila, era una delicia. Me encontraba con una serie de valiosas casas nobles que formaban un conjunto monumental rodeado de una larga muralla y adornada con edificios de piedra arenisca.

Con su serpenteo de calles estrechas y callejones, de irregular trazado, en las que las torres sobresalían dominando el caserío bajo. Las torres de las iglesias, las casas fuertes y torreadas conferían a la ciudad un carácter peculiar. Era una zona intrincada de callejas y plazas que ofrecían hermosos rincones con puertas solemnes y con escudos nobiliarios adosados a vetustos edificios con la pintura desconchada y envueltos en el cálido color dorado.

Todo el pueblo en su conjunto era una interesante muestra de arquitectura medieval con unas paredes de piedras talladas que parecían sostenerse en equilibrio unas sobres otras y con un aspecto sombrío y abandonado. Pero que eran suficientes para que en mi imaginación volara a otra época y reviviese el esplendor perdido. La atmósfera que se respiraba aquí era simplemente mágica, y un romántico paseo en la historia.

El poeta Petrarca describió a Tarquinia, “una hermosa ciudad fortificada rodeada por una doble muralla que la oculta a la vista de los viajeros y con la majestuosidad de sus 38 torres”.

El cielo comenzó a oscurecerse, y poco después empezó a caer la lluvia estropeándome este paseo por la ciudad. Marché dirección a Viterbo, lugar donde tenía pensado pernoctar.

Tarquinia fue uno de los principales centros de la civilización etrusca y a pocos kilómetros se encuentra una importante necrópolis etrusca. El campo aparecía vacío y rodeado de una valla. A las tumbas se accedía por unas escaleras que conducían al interior de las tumbas decoradas con muchas pinturas. Con más de 200 tumbas (solo se visitaban unas pocas y algunas protegidas con un cristal) representan el más amplio núcleo pictórico existente del arte etrusco.
A mi particularmente me pareció interesante, pero la falta de conocimientos sobre la historia etrusca mermó mi comprensión sobre su arte. Todos estamos más influenciados por la civilización de Roma.